



1. Y no ha pasado nada

Seguramente los humanos formamos una masa cerebral gigantesca en su repetitividad. Tropezamos. Y en lugar de tomar la piedra del camino para evitar que el siguiente tropiece a su vez, en todo caso le pegamos una patada desde la ira más vulgar. Los caminos por los que se mueven los humanos permanecen, así, pedregosos, peligrosos y fastidiosos: tres osos nada agradables. Pero así lo queremos y así lo hacemos.

Los humanos sabíamos perfectamente que, a finales de 1999, no concluían ni el siglo ni el milenio. Sin embargo, nos metimos en una infausta festividad de todos los horrores, y entre champán, lucécitas y juergas hasta vestidas de inteligencia, celebramos el comienzo de un fascinante 2000: todo acababa en él y todo comenzaba con él. Y pasaron los meses. El mundo siguió su trayectoria de insensateces y matanzas, pero nada sucedió. España estuvo anclada en sus veleidades monetaristas, pero nada sucedió. Nuestra revista analizó, censuró, advirtió, pero nada sucedió. Aquí, en esta casa nuestra que es la tierra, ha pasado la nada de las nadas, porque todo sigue exactamente igual. Mejor, consumado con la Cumbre de Niza, sobre la que es mejor no definirse.

Bueno, nos equivocamos. Pero ahora no nos volveremos a equivocar: hemos alcanzado el verdadero cambio de siglo y de milenio, nos hemos plantado en este fascinante 2001, y todo será diferente. Tengan paciencia, nos dicen los fantasmas. Y de tal guisa hemos comenzado el camino hacia la más estricta repetitividad. Gigantesca masa cerebral la nuestra, gigantesca en su estupidez.

Sucedirá lo de siempre: que el pez grande seguirá comiéndose al chico y que los caballeros las prefieren rubias. Además, en el camarote de los hermanos enloquecidos, seguirá sin caber la gente, pero cabrá, amontonada, pero cabrá. Y una pequeña, hermosa como una uva amarillenta, correrá por el camino de cualquier tercermundo huyendo de una ametralladora que le tira por la espalda. Y todo así. Claro está que los estados soñarán en esas

ONGs que le hacen el trabajo sucio, mientras ellos compadorean y se venden armas. Está claro que, por ahí, perdidos, un hombre o una mujer enjugarán las lágrimas ajenas; pero ninguna relevancia tendrá este gesto relevante, ninguna.

Repetitividad de la gigantesca masa cerebral humana. Llegados al nuevo siglo y al nuevo milenio, aquí no habrá pasado nada de nada. Todos tan contentos, menos los pobres, los abandonados, los muertos.

Denis Hooper

2. 2001: Una odisea en el espacio

En el ya mítico, y por eso tan odiado ahora, 1968, algunos españolitos con suerte asistíamos al visionado de un texto cinematográfico inusual. En la pantalla, una misteriosa astronave partía hacia la luna, donde se había descubierto nada menos que un monolito negro, sugeridor de todas las explicaciones posibles e imposibles. La nave se deslizaba por los espacios intergalácticos con una serenidad impasible, y crecía el susurro humanizado de su computadora HAL 9000, intentando comunicarse con los navegantes, en búsqueda del monolito negro. Todo este maravilloso universo estelar se cerraba con un feto encerrado en una habitación estilo siglo XVIII y en la que permanecía el célebre monolito negro, para consumarse en el viaje de un feto alrededor de nuestra tierra. Al comienzo, unos monos adquirirían inteligencia utilitaria mediante la conversión de huesos en instrumentos de fractura y agresión. Entre tales monos y el feto comentado, el viaje humano. Con el despliegue tecnológico como medio e intermedio de su desarrollo espacial.

Stanley Kubrick comenzaba a cegarnos toda visión y concepción del arte con su artificiosidad más allá de nuestro cercado mundial, terrícola, para huir hasta lo que está más allá de lo pensable, de lo seguro, de lo dominado: el espacio que, de suyo, es un permanente retorno a sus propias fuentes de vida y de historia narrativa. Somos feto en viaje, que sale/salimos de unos monos inverosímiles y que lanzan al aire huesos machacantes. Somos inteligentes utilitarios que viajamos camino de un monolito negro, interrogante esencial para todo nuestro conocer soberbio. Y la computadora nos acompaña, cobra-

da vida en sus cables y preguntándonos por nuestro viaje y querellándose por nuestro olvido. Julio Verne de nuevo en pleno ataque. Pero con más metralleta metafísica a sus espaldas. La idea catapultada al espacio sideral.

Cuando se habla de la reivindicación de las Humanidades, parece mentira que seamos tan recortados en los planteamientos: ¿no caemos en la cuenta de que aparecieron unas Humanidades Contemporáneas, de naturaleza audiovisual, como el cine, la radio y la televisión, con la presa adherida, en las que se encierra toda la historia móvil de este complejo siglo XX, y ya nunca más se encerrará el futuro histórico en humanidades diferentes? A esta inquietante pregunta, a la que nadie parece hacer caso, nos lleva la película de Stanley Kubrick, de obligada visión para todos los que amamos la vida como un sucederse de momentos necesariamente entrelazados, capaces de formar lo que llamamos historia humana. Y desde nuestra butaca de espectadores, reflexionar sobre la estructura de nuestras Humanidades en revisión, no sea que nos dejemos en el tintero educativo las más urgentes por ser las más hodiernas: esas formas humanas de expresar y de comunicar la realidad, siempre en función de la ponderada imagen, que tantas veces, además, pronuncia palabras de vida perecedera.

Además, ¿hemos llegado a descifrar el monolito negro?

Denis Hooper

3. El periodismo recibe el Cervantes

Se veía venir, pero los bienpensantes querían retrasarlo. Para muchos todavía, dedicar las propias horas a trabajar literariamente en las páginas de un diario, que tanto machaca y tanto agosta, significa un inevitable encanallamiento, lejano de la figura distante de quien debiera ser maestro en el arte de elaborar nuevos mundos en la privada alcoba, sin la contaminación vulgar del smock cotidiano. Por esta sencilla razón, Paco Umbral siempre estaba al caer cuando nos llegaba el momento del Cervantes, y sin embargo nunca llegaba a hacerse con el galardón de las letras castellanas.

En esta ocasión, por el contrario, sucedió. Y la reacción de toda la crítica ha sido unánime, en torno a un hombre que, dominado por búsqueda de

la perfección expresiva, ha creado y recreado mundos absolutamente propios, pero siempre en función de su calidad lingüística, hasta parecer un barroco extraordinario, tan en la línea de un Cela menos españolista de cuanto él mismo quisiera. El personal aplaude al periodista de sección diaria, al novelista de *Mortal y rosa* y *El hijo de Greta Garbo*, textos sobre el hijo que perdiera prematuramente y la madre que se le fuera demasiado pronto, pero también al analista de nuestra gran literatura, sobre todo de quienes influyeron más en su evolución: Rubén Darío, Gómez de la Serna y el barbante Ramón del Valle Inclán, todos ellos maestros en su decir, en su escritura y, sobre todo, en su vivir amplio y libertario. Totalizó las suertes literarias, y a todas les dio un talante memorialista, convirtiéndose en narrador de la historia contemporánea de España mientras nos contaba su propia existencia, del todo intransferible.

No me resisto a comentar un detalle que los españoles llevamos muy mal, cuando nos movemos en terrenos necesariamente serios, como el terreno de las letras. Los españoles jamás perdonamos al escritor que llega a convertirse en personaje de sí mismo, tal que hiciera un Baudelaire/Francia, un Goethe/Alemania y un Sciascia/Italia: Preferimos gente seria, sensata y aquietada, porque lo contrario nos saca de nuestras casillas y nos obliga a dar el salto hasta cierto metafórico siempre de escaso valor. A Umbral se le maltrata desde ahí.

El güisqui en la mano, le melena sobre los hombros, el abrigo caído, el pañolón recorriendo el cuello, ahí queda el irreverente, despótico, tierno, palabrero, inquietante, y lúcido, Paco Umbral, sobre todo, periodista de diaria invención, al que necesitamos para desayunarnos con tanta fina ironía que, dominados por su verbo, acabamos por sonreír, a veces entristecidos, por tanta pequeñez como se encierra en nuestra historia cotidiana.

P. de P.

4. Un respeto

Todo iba a pedir de boca en la final de la Copa Davis, cuando entró el último pase de Ferrero, que otorgaba la ensaladera del tenis a España. El público había apoyado al equipo español a lo largo de los cuatro partidos disputados. El delirio vino con el paseíllo torero del joven tenista de Onteniente a hombros de Corretja y el abrazo de ambos Juan Carlos –el Rey de España y el rey de la pista– más allá del frío protocolo.

Pero –¿siempre tiene que haber un pero?– las declaraciones de Artur Mas, actual secretario de CDC y candidato a Presidente de la Generalitat de Cataluña, vinieron a empañar el claro triunfo español en la competición cumbre del tenis mundial. Propiamente, era una victoria «de los países catalanes». ¿Por qué? Porque tres de los jugadores en liza son de Cataluña y el cuarto es de... la Comunidad Valenciana, que el Sr. Mas considera un país catalán.

Esta *boutade* no tiene justificación alguna. Primero, porque los tres tenistas catalanes jugaban en el equipo español y representando a España; por lo tanto, se trata de un triunfo español. Segundo, porque el cuarto tenista es valenciano y ganó dos de los tres puntos anotados, entre ellos el definitivo. Y este jugador ondeó la bandera española tras su victoria final.

El Sr. Mas no tiene ningún derecho a la doble atribución indebida que hizo en sus desafortunadas declaraciones. Primero, porque atribuye a una comunidad autónoma –la catalana– el triunfo de un equipo deportivo representativo del Estado español. Segundo, porque atribuye a la comunidad autónoma de Cataluña al jugador clave del equipo, que pertenece a la Comunidad Autónoma Valenciana, distinta constitucionalmente de la catalana.

Pasando de la anécdota a la categoría, habría que atribuir el lamentable desliz del Sr. Mas a esa estrategia permanente de ciertos políticos catalanes que siempre barren para su casa, sin pensar en la ofensa que infieren a los demás. Se trata de un caso más en la lista de agravios, como los siguientes: considerar la paella valenciana un «plato típico catalán»; calificar el valenciano, reconocido por la Constitución española, como catalán; catalogar la literatura y la cultura valencianas como catalanas; señalar la geografía de la Comunidad Valenciana (Alicante, Castellón y Valencia) como parte de los «Països Catalans».

El Sr. Mas y sus adláteres deberían pensar que Cataluña tiene en su haber una historia y una cultura propias tan gloriosas que no necesitan apropiarse de ropajes ajenos para engalanarse. El pueblo del «seny» se lo agradecería, pues desea convivir en paz con los otros pueblos de España.

J. V.